

SUMARIO

Secciones

[Iceberg](#)
[Breviario](#)
[Correo](#)
[Concurso](#)
[Poema](#)

Columnas

[Ricardo Bada](#)

[Joe Broderick](#)

[Elvio E. Gandolfo](#)

[Andrés Hoyos](#)

[Tim Keppel](#)

[Edwin Williamson](#)

Presentación

[Quiénes somos](#)

Buscar

escriba

LA BUFANDA DE CAMBRIDGE

Por Ricardo Bada
 Ilustraciones de Henry Rodríguez Herrera
 A Rolando Hinojosa

Ella se dijo: Acostarme con él, sí... ¡pero nada de intimididades!
 Karl Kraus

Este es un pueblo chico, de esos donde todos y cada uno de sus habitantes saben de memoria, todos y cada uno de los días del año, el color de la ropa interior de todas y cada una de sus convecinas. Es un pueblo chico, sí, y de haber nacido aquí John Donne, el censo municipal en pleno se habría reído de buena gana al leer aquellos versos suyos donde dejó escrito: "si oyes doblar las campanas, no preguntes quién se ha muerto; están doblando por ti":

-¿Pues qué, acaso no se enteró todavía de que fue el viejo Kalle Kappes quien estiró la pata?
 Con el correr del tiempo y la expansión de la gran ciudad que pulula al norte, más allá del arco del río, el pueblo ha pasado a formar parte de su conurbano pero sin perder carácter, sin perder identidad. Y además, la fortuna

geográfica quiere que quede aislado del resto de la metrópolis por el inmenso bosque que ocupa el arco fluvial: una zona declarada reserva natural amén de ornitológica, y muy rica en aguas freáticas. Gracias a tan privilegiada ubicación, hasta aquí no llegan ni esa espesa nube de hedor a peculado en cuyo seno parece levitar el Ayuntamiento, ni tampoco esotra hedentina a Trento que emana del palacio arzobispal.

Un único lunar desentona en este idilio: la urbanización llamada Barrio de los Arquitectos, donde vive Deborah, una de las protagonistas del presente cuento de hadas (y nunca tan bien empleado el plural, porque son dos), un cuento que es tan mío como tuyo, desocupado lector. La primera vez que la vi fue yendo ella de amazona en una bicicleta lujuriosa, por la calle mayor del pueblo. Al verla pasar, mi buen Giosué, cuya heladería Torcello, enfrente de mi apartamento, es un imán de la gula lugareña hasta en el invierno más crudo, me echó el brazo por encima de los hombros, guiñó el ojo derecho y me dijo al oído:

-No sé cuánto tiempo llevará fuera de casa, pero con este frío y esa minifalda ya debe tener un carámbano en el clítoris.

-Eres un poeta, Giosué...

-¿Acaso lo has dudado alguna vez?



-No... pero tu imaginación está podrida por la deformación profesional.

Fue también Giosué quien rebautizó a las habitantes del Barrio de los Arquitectos llamándolas "viudas verdes", por el color dominante en aquella urbanización tan ajardinada y tan boscosa, añadiendo luego sin solución de continuidad:

-Lo que pasa es que tratándose de ese barrio, habría que distinguir entre viudas verdes dóricas, jónicas y corintias.

-Dime, Giosué -le quise preguntar-: toda esta ciencia infusa que posees...

-Vete a tomar por culo -replicó adusto.

-No te pido que hablemos de amor, Giosué, sólo quería saber si...

Y a duras penas logré esquivar la cazoleta metálica para las bolas de helado que me arrojó sin ninguna consideración hacia la frágil corteza de mi cráneo.

aaa

Todas las agrupaciones urbanas del mundo poseen una nota característica que las distingue del resto, y no es necesario recurrir a ejemplos tan ilustres como Granada con su Alhambra o Rio con su Pan de Azúcar: basta pensar en nuestro pueblo, que debe ser el único de toda la galaxia en cuya calle principal a la casa número 170 le sigue la 174, después de lo cual viene la 172, y luego, a partir de la 176, continúan los demás números sin dar tales saltos mortales. Ni los más viejos del lugar han logrado explicarme la razón de este desajuste aritmético.

Pues bien, allí donde termina la calle principal de nuestro pueblo y ya comienza el bosque, una desventurada decisión edilicia autorizó hace algunos años la construcción de un complejo residencial: el Barrio de los Arquitectos. Que no se llama así porque lo edificasen arquitectos, si más bien parece que es obra de unos niños sin mucha imaginación levantando castillos de arena en la playa, sólo que en este caso les dieron ladrillos, mármol, cemento, vidrio, cerámica y hasta celdas solares (y eso no sería lo peor). No, el barrio se llama así por los nombres de sus calles, un nomenclátor que abarca desde Palladio e Inigo Jones hasta Gaudí, que los alemanes pronuncian invariablemente Gaudi, lo cual, dicho mal y pronto, en su idioma no significa otra cosa sino lo más parecido a aquello que los españoles llamaríamos cachondeo.

Y por supuesto que hay en el barrio una Plaza Bauhaus, paradójicamente elíptica, así como tampoco faltan las calles dedicadas a Juan de Herrera, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright y al único arquitecto todavía vivo que fue distinguido con tal honor: Oscar Niemeyer.

La casa Nº 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse se encuentra situada en el centro de un extenso jardín de puro césped color verde veneno, el cual a su vez queda aislado del resto del mundo por un denso seto de unos dos metros de alto, y una verja que se ve que fue encargada ex profeso y que su diseño no es cosa de catálogo. Y es una casa que comienza literalmente en el primer piso o piso principal porque está construida como si fuese un palafito, sobre sólidos pilotes con vagas aspiraciones a ser columnas. Para poder describir esta casa se requieren dotes de las cuales carezco, pero me esforzaré. No logro hacerlo de otro modo sino diciendo que parece una caja de zapatos gigantesca,alzada sobre zancos, y agujereada rectangularmente en el centro para formar una especie de patio interior que no lo es porque se encuentra a dos metros y medio del suelo. Otrosí: hacia afuera, por los cuatro costados, las fachadas de la casa están recubiertas de placas metálicas que la convierten en algo así como una coraza romana tetradimensional, y carece de orificios tan vulgares como ventanas o balcones; a cambio, el perímetro completo del patio elevado, vamos a llamarlo así, es un ancho corredor acristalado de techo a suelo.

Y existen además claraboyas convexas en el techo, una por cada habitación de la casa, sólo que no se perciben desde el exterior, y mucho menos el hecho de que el cristal de esas claraboyas, lo mismo que el de la galería, es opaco para la mirada ajena.

No sé si así descrita se la pueden imaginar, pero quienes la vimos construir no hacíamos más que preguntarnos quién sería el claustrofílico que la había concebido.

Según Giosué tenía que ser algún emigrante turco que se hubiese hecho millonario, un turco superceloso y con un harén de al menos tres mujeres. Se basaba para decirlo en los datos que consiguió averiguar acerca de los cuartos de baño de que dispondría el edificio. Pero un día, después de mi riguroso paseo en bicicleta de todas las tardes, llegué a la Torcello y le dije que no, que se olvidase del turco millonario. Pedaleando cerca del 17 de la calle Niemeyer me quedé mudo y a poco si no me caigo de la bicicleta, al ver que el edificio, ya casi terminado, había recibido la visita de una bandada de patos silvestres de cerámica noble, con las alas desplegadas, y cuyas patas se posaban firmemente en el borde superior de la casa a intervalos regulares, pareciendo como si la levantasen del suelo, como si quisieran llevársela a otras latitudes. ¡Por todos los dioses, era una casa a punto de salir volando! Pero al primer sentimiento de estupor y de poco menos que admiración, se sobrepuso otro que me llamaba al orden repitiéndome al oído la palabra kitsch.

-Sea quien sea su propietario, es evidente que ha leído a Selma Lagerlöf...

-... y en tu cabeza de racista andaluz irredimible -arguyó Giosué-, no cabe la más mínima duda de que un turco no puede haberla leído.

-Tú lo has dicho, a no ser que se trate de ese escritor famoso que está casado con una sueca, y lo debe de haber aprendido -le contesté, dándole un mordisco al helado de higo chumbo que Giosué me prepara cuando consigue la materia prima.

Lo que no podía saber al dar ese mordisco es que el dueño de la casa era el marido de Deborah. Para empezar, yo ni siquiera sabía todavía que ella existiera.

aaa

Todo comenzó en el supermercado, que es una especie de tierra de nadie entre el Barrio de los Arquitectos y el pueblo. Era en el mes de enero y yo estaba aguardando turno ante el mostrador de las carnes y fiambres cuando sentí el leve posarse de una mano sobre mi hombro derecho, al tiempo que una voz clara y mezzosoprano me preguntaba algo en un idioma que desconozco pero logré identificar como inglés, un inglés no degradado por el chicle ni por el pato Donald.

-Disculpe -dije, volviendo la cabeza, y en alemán-, pero creo que usted me está preguntando algo en inglés...

-Sí -y sus ojos color avellana y su sonrisa acusaron el impacto de mi frase en alemán.

-Lo siento, lo siento mucho, pero no hablo inglés y lo entiendo sólo a medias, es decir, menos que a medias.

-Oh, entonces discúlpeme usted, pero... -se la veía confusa.

Añadió-: Pero es curioso...

-¿Le importa repetirme en alemán qué es lo que me quería preguntar?

-Es que, ¿sabe?, yo soy de Cambridge y esa bufanda que usted lleva colgada al cuello es la bufanda de la Universidad de Cambridge. Lo que le estaba preguntando es en qué college de Cambridge había estudiado usted. Discúlpeme, no podía saber...

-No tiene por qué disculparse -le contesté, entendiendo su confusión-, comprendo lo que debe haber sentido al ver una bufanda de Cambridge acá, pero lo siento, y no sabe cuánto,

cuánto lo siento, nunca estudié en Cambridge, ni siquiera estuve nunca allí, la bufanda me la regaló una amiga las últimas navidades.

Nos sonreímos encogiendo los hombros simultáneamente, en un gesto común de impotencia ante lo imposible de ciertas casualidades, y en ese momento la chica del mostrador apretó el timbre que llamaba al número siguiente, y era el mío. Nos despedimos con una inclinación de cabeza y una ya sólo semisonrisa.

aaa

Nos volvimos a ver muy poco después, de la manera más inesperada, en la tribuna de la cancha de hockey sobre hierba. Digo inesperada porque luego supimos que ambos éramos fanáticos de ese deporte y que no nos perdíamos ningún partido de las rojiblancas de Colonia, uno de los mejores equipos alemanes, con jugadoras internacionales y medallas olímpicas en su nómina. Hasta internacionales argentinas, que no sólo en el fútbol militan legionarios.

Cuando me puse a pensar en ello, por qué no nos habíamos visto antes, en esa misma tribuna, meses y meses de acudir ambos a los mismos encuentros, descubrí que Deborah no parecía atractiva (y lo era, y lo es, y mucho) hasta que no te hablaba mirándote a los ojos. A corta distancia resultaba tan irresistible como una moneda de un pfennig refulgiendo ante tus ojos en la acera: no hay fuerza humana que logre detenerte en el movimiento de agacharte a recogerla. Los alemanes dicen que es porque la moneda de un pfennig trae suerte, y que quien no respeta el pfennig no se merece el marco, pero debe de haber una explicación distinta y harto más digna de Freud.

Lo cierto es que esta vez sí que vi a Deborah apenas ocupé mi asiento en la tribuna, tarde, como siempre: el partido había comenzado, y las pobres muchachas de Bad Neuenahr que se enfrentaban a mis rojiblancas andaban ya regurgitando el amargo sabor del primer tanto en contra. Deborah gritaba como poseída una fila delante de mí, a la izquierda para ser exactos.

-Hello Cambridge! -medio susurré en su dirección, hasta impostando un acento inglés.

Se dio vuelta sacudiendo la cabeza y me enfocó con una nubecilla de desconcierto velándole los ojos hasta que la escena del supermercado le hizo clic en la memoria.

-¡Ah, es usted!, el de la bufanda, ¿no?

El resto del partido estuvimos torciendo juntos por nuestras rojiblancas, y al salir de la cancha ya sabíamos casi todo lo que mutuamente debíamos saber de nuestras respectivas vidas: que ella era de Cambridge y estaba casada con un alto ejecutivo de esos que se pasan la vida en las antesalas de la Unión Europea haciendo lo que los americanos llaman lobby, y nosotros, más burdos, corrupción (ojo, esto no me lo dijo ella sino que fui yo quien lo pensó, y quien lo sigue pensando); y que yo era español, ingeniero de sonido en una emisora de Colonia que emitía en castellano para América Latina; y que ambos vivíamos muy cerca, lo que de todos modos explicaba el encuentro en el supermercado; y... ajá, que ambos éramos ciclistas apasionados, con nuestras bicicletas aparcadas delante del edificio de la cancha. Lo que pasa es que entre su bicicleta y la mía existía la misma diferencia que entre el Empire State Building y una caseta de guardabarreras. Me hizo recordar instantáneamente la primera vez que había visto a Deborah, antes aun del encuentro en el supermercado. Y el comentario de Giosué.

Silbé, admirativo:

-Una bicicleta así, por dios, qué locura, es una maravilla...

Ladeó la cabeza a la derecha, un gesto muy suyo, y sugirió

generosa:

-Bueno, si no tiene problemas en montar una bicicleta de las que llaman "para damas", y no lo creo, porque la suya tampoco tiene barra transversal, se la presto a cambio de la suya hasta que lleguemos al barrio.

Deborah siempre decía "el barrio", nunca la oí decir "el pueblo".

Pero ésta es una observación que se adelanta a los hechos.

Olvídala, desocupado lector.

Casi llegando al Barrio de los Arquitectos, Deborah tiró la esponja:

-Kumpel! -ime llamó compañero, camarada, colega, amigo, compadre!, copain!, todo ello en una sola palabra, en el mejor estilo alemán-, tengo el culo como una suavizadora de navajas de barbero, cambiemos las bicis, imierda!..., digo, si no le importa.

Y la verdad es que desde la cancha de hockey hasta el pueblo son unos diez kilómetros, pero lo que me hizo frenar en seco fue la secuencia escatológica de ese culo y ese mierda que para nada esperaba en sus labios, sus labios de chica de Cambridge:

reventones, como los claveles, pero de Cambridge.

-Por el amor de Dios -disimulé-, ¿por qué no me lo ha dicho antes?

-Porque hasta llegar al bosque no me escocía el culo como si me hubiesen sodomizado todos los eunucos del harén.

Tragué saliva perceptiblemente pero conservé la suficiente presencia de ánimo:

-Los eunucos difícilmente podrían...

-Con consoladores, hombre, con consoladores, que tampoco eran además mancos -y soltó una carcajada donde casi se podía palpar su superioridad técnica ante un novato como yo.

Canjeamos las bicicletas y seguimos adelante. Cuando torció a la izquierda, hacia la entrada del Barrio de los Arquitectos, le grité que esperase, que me quería despedir, que yo seguía hacia el pueblo por la calle principal.

-¡Ah, no, no, no, un 5-1 tenemos que festejarlo! ¡Sígame! -dijo sin volver la vista atrás y con las piernas (un dos, un dos, un dos) sin detener su pedaleo de amazona. Sólo volvió la mirada poco después, para ver que la seguía, y entonces añadió-: ¡Por una vez que me encuentro con un rojiblanco del mismo barrio no me va a pedir que lo deje escapar tan pronto...!

Mi asombro fue completo cuando la vi desmontar frente al N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse, buscar el llavero y accionar el mando a distancia de la puerta del espacioso garaje que ocupaba toda una esquina del jardín.

-Vamos -dijo-, bájese de la bici. Le aseguro que esta casa no muerde.

Luego soltó un bufido risueño:

-Yo sí.

aaa

No tuve más remedio que pensar en Giosué y en lo que me iba a envidiar cuando le contase que había estado en el sancta sanctorum. Contarle, por ejemplo, que al cuerpo del edificio se subía por una escalera ancha y libre, sin barandas, algo empinada, supongo que para dejar la mayor cantidad de espacio disponible en ese patio inferior entre las columnas. Contarle que Deborah, apenas estuvimos dentro, con absoluta naturalidad, me dijo:

-Como sé que esta casa es la comidilla de todo el barrio y que todos sus habitantes se mueren de ganas de conocerla, no le voy a privar de ese placer. Venga.

Y me fue mostrando una por una las habitaciones, amuebladas con un gusto caro y selecto, aunque de alguna manera impersonal y distanciador, no sabría decir por qué. Entonces aún no.

Al entrar en la cocina sonrió:

-¡Sorpresa, sorpresa!, la criada es compatriota suya. Pero hoy no está, los fines de semana tiene libre. Su reino es la cocina, y de

ella, venga... se pasa directamente a su habitación, bonita, ¿no?... su pequeño dormitorio, bueno, no tan pequeño, ¿qué le parece?, y finalmente a su cuarto de baño propio, vea, casi no se diferencia de los nuestros. Ella vive aquí, pero los fines de semana se queda con su novio, supongo -y al regresar a la cocina-: ¿Qué le apetece beber?

-No sé, pero si vamos a festejar el 5-1...

-No me diga más, soy una tonta, claro, champagne. Traiga dos copas de aquel estante -ordenó (es la palabra exacta), mientras sacaba una botella de la nevera. Con ella en la mano me hizo señas de seguirla y continuó hablando-: El departamentito de la criada, no sé si tiene usted mucho sentido de la orientación, está en la esquina sudeste. El resto de la casa es para mi marido y para mí, y los amigos que vienen. La criada tiene instrucciones muy estrictas de no pasar al resto de la casa si no la llamamos, excepto en el horario de limpieza, y desde luego puede ir a descansar al jardín cuando no tenemos invitados, o si le dan ganas de regar. Le gusta mucho, dice que en su casa había muchas macetas y que le encantaba regarlas.

-¿Muchas macetas? ¿De dónde es?

-De un pueblo de Andalucía.

-Yo también soy andaluz, ¿recuerda de dónde es ella?

-No, no, no... -vaciló con la mano en el picaporte de la puerta de una habitación que debía de ser la del ángulo noroeste, según mi sentido de la orientación, porque habíamos atravesado el rectángulo como recorriendo una L, y además era la única que todavía no me había mostrado-. No -repitió-, pero una vez me dijo que es un pueblo donde más de la mitad de las mujeres se llaman como ella, en honor a la patrona.

-¿Y cómo se llama ella?

-Yo la llamo sólo Bella, pero el nombre completo es Bella Aurora... - y al oír mi reacción-: ¡Eh!, ¿de qué se ríe?

-De que ya sé de qué pueblo viene. Trigueros. En mi provincia. La patrona del pueblo es la Virgen de la Bella Aurora. No hay posibilidad de confundir el lugar.

Después de lo cual me quedé parado como un espantapájaros debajo del dintel de la puerta del cuarto que acababa de abrir. Era cualquier cosa menos impersonal y distanciado.

-Mi madriguera -explicó en dos palabras.

Arregló un montón de cojines en el suelo, abrió con manos expertas la botella de champagne y escanció las copas sin darse vuelta para reprocharme la intensa, impertinente curiosidad que debía envolver mi cuerpo como un aura, yendo de acá para allá, lentamente, mirándolo todo, absorbiéndolo todo con mis ojos. Era el estudio de una artista, de una escultora de porcelanas: íese horno de la esquina! Y era un lugar cuyo aire parecía hecho de música. De hecho, sonaba suavemente al fondo un coro que había activado con un mando a distancia en el reproductor de cds. Canciones de Purcell, sus favoritas, supe después.

Me sacó de mi ensueño:

-Ya está bien de curiosidad. Siéntese en esos cojines y dígame qué le parece mi madriguera.

-Es... Es... Es... No sé, no tengo palabras.

-Entonces mejor no diga nada, con eso lo ha dicho todo. Cheers! -y chocó su copa con la mía-. Me alegra que le guste mi taller - prosiguió después de un largo sorbo, y me sorprendió que usara ese término, taller, que no lo llamase estudio-, aquí paso muchas horas y me dedico a mi hobby. Estoy tan loca por él que ya se ha dado cuenta de que hasta he hecho instalar un horno especial en esa esquina.

-¿Tiene ojos en la nuca?

-Tengo magnetofones diminutos en los oídos. Y usted ya tiene bastante tela cortada para contar en el barrio.

-¿Qué le hace pensar que voy a ir por ahí contando cómo es esta casa?

Se encogió de hombros, me miró taxándome.

-Tanto mejor si me equivoco -dijo. Se levantó y fue hacia una mesa que también hacía esquina, en la que se aglomeraban varias figuras que podían ser obras a medio hacer o ya terminadas, no soy un experto. Eligió una y me miró, ahora con picardía-. Quiero que se lleve un souvenir de este encuentro, y del triunfo de nuestras rojiblancas.

Me la entregó semiguiñando los ojos. Era una figura del tamaño de un botellín de cerveza y representaba a una jugadora de hockey aprestándose a lanzar un penalty-córner. La expresión, la tensión, el colorido, estaban plenamente conseguidos. Pero cuando le di vuelta para verla del otro lado casi se me cae de las manos, de la sorpresa: vista desde atrás, con la faldita alzada por un golpe de viento, e inclinada como estaba para el lanzamiento, era notorio que la artista la había esculpido con las vergüenzas al aire.

-A todo esto -dijo entre risas ante mi apuro-, me llamo Deborah, ¿y usted?

aaa

Faltaría dolosamente a la verdad si contase que Deborah y yo nos convertimos en amantes, porque no lo es. Sí es verdad que a ella le encantaba follar, y lo decía así, con todas sus letras, y que su marido era mucho mayor que ella y no pasaba en esa casa sino el tiempo que le quedaba libre -y era muy poco- de su continuo ajetreo entre Bruselas y París, Nueva York y Amsterdam, Luxemburgo y Madrid, en ocasiones Tokio, alguna que otra vez Ciudad del Cabo o Buenos Aires, el mundo entero, "cada vez menos ancho y más cnn", como escribió en uno de sus análisis políticos alguien de nuestra redacción, y el jefe se lo tachó porque -así le dijo- "iría siendo hora de que dejes de hacer literatura cuando estás haciendo periodismo".

Así mismo faltaría dolosamente a la verdad si dejase de constatar que durante todo el tiempo de nuestra relación no he tenido una clara conciencia de que yo no era la única persona con quien ella compartía su cuerpo. Digo bien: su cuerpo. Porque lo otro, sea lo que sea lo otro, ¿dónde lo escondía, dónde lo ocultaba, dónde lo protegía Deborah? ¿Y de quién? No de mí de una manera consciente, porque yo a veces sentía lo otro en su paciencia traduciéndome los textos de las canciones de Purcell, canciones de taberna y de jolgorio, ambiguas y pícaras, infinitamente más subyugadoras que los estruendos megalomaniacos de los Carmina Burana, que según ella le provocaban agorafobia. Ahí sí sentía yo lo más íntimo de su ser, una alegría de vivir y un hedonismo y, sobre todo, sobre todo una tan absoluta y gloriosa falta de moralidad convencional como hasta entonces no me había encontrado en persona alguna. Y que era, para decir lo menos, golosamente contagiosa.

Y también sería faltar dolosamente a la verdad si no te dijese, desocupado lector, que ya ese mismo día del hockey terminamos componiendo la bella bestia de dos espaldas -entre, sobre y bajo los cojines de su estudio- después de haber consumido la primera de las también dos botellas de champagne que trasegamos, una por cada espalda de la bestia. Esta Deborah...

Al despedirme, muy entrada la noche, me acompañó hasta el garaje para abrir la puerta.

-Oye -dijo-, quiero que sepas que me encantó follar contigo... Eeeh, no respingues, qué te pasa, ¿o es que no te gusta esa palabra...? -y me dio un beso en la mejilla-. Me encantó, pero eso es todo -y me besó en la otra mejilla-. Chao.

Al mediodía siguiente, domingo, recalé en la Torcello, para lo cual me bastó cruzar la calle principal del pueblo, aquí paralela al Rin, y le pedí a Giosué un campari soda. Y algo más:

-Giosué, ¿qué te dice el nombre de Cambridge?

-¿Cambridge...? -enarcó las cejas y me miró con algo parecido a la sorna enciclopédica-: Pues... Oxford, las regatas... la Uni... y

bueno, Inglaterra. ¿Y a ti qué te dice?

-A mí desde ayer me dice Deborah -se me escapó sin querer, porque yo pensaba reservar ese secreto para mí solo: durante la noche pasada, casi toda ella una pura vigilia, alcancé tal punto de insolidaridad que había decidido no contarle a Giosué ni siquiera cómo era por dentro el N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse. Alzó los ojos al cielo, y también las manos con los dedos recogidos en piña de esa manera inconfundible como sólo ellos pueden hacerlo sin parecer ridículos:

-¡Otra vez una judía! Porco Dio!

Giosué es un italiano tan italiano que siempre se me olvida que además es judío. Y al decir "¡Otra vez una judía!" se estaba refiriendo a mi noviazgo con la pelirroja Judith, que había terminado mal, y aun hubiera podido terminar peor si yo me llamase Holofernes. Ella fue la que muy pocos días antes de nuestra separación, hacía ya tres meses, una eternidad, me regaló la bufanda de Cambridge.

Quiso saber detalles, Giosué. Pero me escudé en un silencio caballeroso y le dije que todo a su debido tiempo, si es que ese tiempo se daba. Y no se dio porque por primera vez en tantos años de amistad con él mantuve en secreto una relación, no llegué a revelársela nunca, y de hecho tan sólo tres personas más la conocen. Ignoro aún hoy las razones que me llevaron a ese sigilo, y no obstante sé que fue una medida acertada.

Lo cierto es que a partir del glorioso sábado del 5-1 frecuenté la casa de Deborah, aunque casi tan sólo su estudio. Donde pronto me di cuenta de aquel factor impersonal y distanciador del resto de la casa y que había advertido el primer día. Un día se lo dije:

-Menos tu madriguera, esta casa tuya es, no sé cómo definírtelo... digamos... estéril.

Y como su respuesta fue una mirada donde se mezclaban la pregunta por el por qué y algo más que no supe definir, le dije que en cualquier lugar de la casa me sentía formando parte de un Hopper, caminando por un Magritte, y que en su estudio, en cambio, me parecía estar dentro de un Vermeer. También por la presencia, algunas veces, de Bella.

De Bella Aurora García Pérez, ¡qué prodigio de asimetría onomástica!

Aquí debo añadir una sospecha de entonces, de la que tengo posterior confirmación, y es que Bella Aurora sentía algo así como un orgullo patriótico desde el momento que se enteró de que el nuevo amigo de su señora no sólo era compatriota suyo, sino hasta de la misma provincia, y no sólo eso, sino que también sabía por qué ella, Bella Aurora, se llamaba así.

aaa

Por aquel tiempo yo estaba bastante sometido a la influencia del analista político que escribió lo del mundo cada vez menos ancho y más cnn, persona a la que admiraba y de quien aprendí todo lo que pude. Además de ser una especie de guía de mis lecturas, hasta ese momento no demasiadas. Él me enseñó a amar, sobre todos, después de Cervantes, a Pérez Galdós y a Baroja. Amén de a su "gran envidia", como lo apostrofaba: el Clarín de La regenta. De manera que estoy seguro: ahora podría insertar aquí uno de esos intermedios líricos a los que Baroja era tan aficionado, y cantar las virtudes y excelencias de Bella Aurora. Pero resisto a la tentación. También resisto a la tentación de reseñar los celos, estóldos, estúpidos, extemporáneos, que me asaltaron cuando acompañé a Deborah al taller de fundición donde le hacían el imprescindible molde al vacío que necesitaba para trabajar la obra definitiva en casa, en el horno de su estudio. La culpa fue mía por pedirle que me dejase presenciar, completo, el desarrollo de la creación de una de sus esculturas. Así es que un día me dijo:

-Tengo cita el martes próximo en la fundición, si quieres puedes venir conmigo y ves cómo se hace el molde al vacío, con la cera negra.

No llevábamos más de un minuto en la fundición cuando yo ya sabía, porque el olfato en esto no me falla, que Deborah también se acostaba con Marcello, el fundidor italiano, musculoso como un Hércules y esbelto como un Adonis, y seguro que con el fuego del Etna entre las piernas. Hasta tengo la convicción de que echaron un polvo apresurado, en la oficina del taller y con el mínimo desnudo imprescindible, mientras yo seguía encandilado el proceso gracias al cual el modelo en yeso de Deborah se desgajaba del bloque donde lo insertó Marcello.

Y para no quedarme con nada en el tintero, resisto sobre todo a la tentación de explicar qué era lo que sentía por Deborah. Fue Bella Aurora quien puso el dedo en la llaga.

Un día llegué al N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse, y tras tocar el timbre con aquella secuencia abretesésamo que Deborah me instruyó beethovenianamente, entré al recinto, sobrevolé de dos en dos los peldaños de la escalera y me encontré con Bella Aurora esperándome.

-La señora no está, pero me dijo que si usted venía, que la esperase, que salió a dar una vuelta.

Era muy propio de Deborah, y no me lo hacía por primera vez. Yo llegaba apasionado y ella había salido a dar un paseo en bicicleta por ese arco de Rin sin el cual ya no concibo mi vida.

Pero esta vez, sentado mano a mano con Bella Aurora en la cocina, con un café por medio, intenté sacar provecho a la situación, averiguar no secretos, pero sí pormenores de la vida de Deborah que me permitieran a mí mismo, juzgándolos, evaluándolos, saber por fin cuáles eran mis propios sentimientos hacia ella. Que me apetecía y me encantaba "follar" con ella estaba fuera de toda duda, y mi presencia allí, en esos momentos, era la mejor prueba. Pero ¿y si era más que eso? ¿Y mis celos del día de la fundición? ¿Sólo eran celos de un macho exclusivista y excluyente, o eran los celos de un hombre enamorado?

-Mire, Bella Aurora, si no tiene inconveniente, y si no le importa, me gustaría que me contase cómo es la relación de la señora con el señor.

-Oiga usted, eso a usted no le importa un comino -dijo-, y yo no pienso decirle ni tanto así... -y abarcó gráficamente con el pulgar y el índice de su mano derecha una milésima de milímetro.

-¿Ni siquiera entre paisanos?

-Oiga usted, usted y yo seremos paisanos, pero no cómplices.

-¿Cómplices? -me asombré.

-Oiga usted, paisano, dése por contento con lo que está disfrutando y no me haga preguntas que no le puedo ni le quiero contestar.

-¿Y por qué?

-Oiga usted, y esto se lo voy a preguntar esta sola vez y ninguna más: ¿usted la quiere, usted... se enamoró de ella?

¡Pero es que justamente ése era el problema, que yo creía poder contestar diciendo que no, pero no lo sabía!

-Es que... -le contesté a Bella Aurora, y vacilé antes de continuar-

Es que eso es lo que no sé, Bella Aurora, ese es el problema, creo que no, pero no lo sé, a lo mejor sólo son celos de saber o de creer que no se acuesta sólo conmigo, sino también con otros, no sé con cuántos otros... estoy seguro de que por lo menos con uno más, y eso me... me...

-Oiga usted, paisano... y que conste que usted me cae bien y que podemos hablar en la misma lengua, que si no no se lo preguntaría... dígame usted: ¿es usted quizás el dueño de la señora?

-Bella, dulzura -dijo Deborah en alemán desde la puerta de la cocina, isaben los dioses desde cuándo estaba escuchando nuestro diálogo!-, no entiendo tu idioma pero "quizás" y "dueño" y "señora", y en ese tono, eso, sí. Gracias -y luego añadió sin que se le notase la más mínima alteración en su tono, dirigiéndose a mí-

Por favor, ven conmigo al taller.

aaa

-Quiero que te sientes -me dijo, mientras jugueteaba con uno de sus pinceles- y que me oigas sin decir una sola palabra, quiero que no me interrumpas hasta que haya terminado. Espero que seas capaz de hacerlo -y me clavó los ojos al decirlo-. ¿De acuerdo? -Pero antes de que empieces, Deborah, por favor, creo que se trata de un malentendido, que...

-Si fuese un malentendido, razón de más para deshacerlo ahora mismo. ¿Me vas a dejar hablar sin interrumpirme?

Me encogí de hombros porque me di cuenta de que no tenía sentido replicarle ni discutir con ella. Se encontraba en un momento de furia fría y controlada, y ése era un estado en el que yo no la conocía ni sabía cuál iba a ser su reacción si la contrariaba. Me senté sobre un cojín con la espalda apoyada en la pared: la luz del sol llegaba justo hasta la puntera de mis tenis.

-Pero tengo la impresión -comenzó al cabo de un instante en que mantuvo la cabeza baja, como concentrándose, y retomando el hilo de su frase anterior-, no es nada más que una impresión, pero es muy fuerte, de que se trata de algo distinto a un malentendido.

Aquí no ha habido nada que malentender, desde el primer momento. Yo soy una mujer casada, tú eres un hombre libre, a mí me gusta follar contigo, a ti conmigo, y no hay compromisos de ninguna clase entre los dos. Ni me tienes que dar cuenta de lo que haces fuera de este taller, ni yo de lo que hago donde me dé la gana. De lo que hago con mi coño sólo tengo que darle cuentas a mi marido. Esto me parece que está muy claro, así que ¿dónde estaría entonces el malentendido? Porque también quiero que recuerdes lo que te dije la primera vez que viniste a esta casa, cuando te fuiste. Que me encantó follar contigo, pero que eso era todo. Y sigue siéndolo, así que cero malentendido.

Su voz era uno de sus mayores encantos, ese mezzosoprano claro y nítido que el acento inglés ahuecaba como una caja de resonancia. En estos momentos a mí me sonaba como entrechocar de lajas de pizarra.

-Es algo distinto de un malentendido, y si cabía alguna duda, ahora ya no debes tenerla. Vamos a hacer una cosa. Vamos a hacer una pausa en nuestra... relación, aunque quiero que quede claro que no la considero tal. La pausa nos vendrá bien a los dos, estoy segura. Por lo menos a mí me vendrá muy bien. Va a empezar el verano, y para el otoño me he comprometido a presentar una exposición en un sitio magnífico. Tengo que trabajar mucho hasta entonces, va a ser mi primera exposición pública. Necesito mucho tiempo. Eso además de que mi marido regresa en un par de días y luego nos vamos un mes de vacaciones. De manera que... lo dicho. Hagamos una pausa y después veremos. Ahora puedes decirme lo que quieras, pero mi decisión está tomada.

Me miró con sus ojos color avellana y esperó a que dijese algo. Pero negué con la cabeza, no me sentía con ganas de hablar con ella en ese instante. Entonces caminó hacia la consola, cuyo piloto verde nunca se apagaba en ese estudio, pulsó suavemente una tecla y se volvió hacia mí:

-Okey, pero para que veas que no hago una tragedia de lo que pasa, te propongo que echemos un polvo de despedida -torció graciosamente el cuello, entrecerrando los ojos-: ¿Quieres ahora mismo, Kumpel... o necesitas más tiempo para recobrarte?

Y se arrodilló a mi lado, tomándome la cara entre sus manos y sonriéndome, cantando al unísono con el tenor que ya entonaba a Purcell desde los altavoces:

-"Un brindis, un brindis a la salud de la chica de tez morena y ojos avellana..."

-No tienes la tez morena -argüí como un tarado.

"... la que tiene unos ojos tan buenos también tiene buenos muslos..." -y se sacó la blusa terminando la primera estrofa-: Let it pass! Let it pass!

Eran alrededor de las nueve de la noche cuando volví al pueblo, y como ya corría el horario de verano, aún restaba un resplandor intenso a poniente, hacia las colinas. Al doblar la esquina de la Leni-Gruyten-Strasse noté la presencia de un Citroën Visa rojo cuya matrícula de Colonia me resultaba no ya conocida sino delatora: jw-1975. Sus iniciales y el año de su nacimiento.

Y al entrar en la calle principal del pueblo la vi sentada ante un velador de la Torcello charlando con Giosué, con un vaso de campari soda en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda. Y luciendo el inconfundible peinado que transformaba su abundante pelambre pelirroja en una bomba de explosión filmada a cámara lenta.

-Ahí llega -le dijo Giosué, lo leí en sus labios.

-Hola -me saludó Judith, agitando el vaso con el campari-, estoy sin blanca, me tendrás que invitar, muchacho.

aaa

Judith Wassermann, natural y vecina de Colonia, estudiante de Audiovisuales, con un genio muy pronto a dispararse cuando las cosas no se acomodaban a sus deseos, y una capacidad oratoria que la convertían en un enemigo dialéctico temible, había sido mi novia durante dos años. Cada cual en su apartamento, eso sí. El suyo estaba en el viejo sur de la ciudad, en el entrañable Vringsveedel, a la sombra de la torre de la iglesia de San Severino. Y por lo general era allí donde nos encontrábamos y hacíamos "vida marital" -como ella decía- porque quedaba muy cerca de mi emisora y de su Escuela Superior. Pero también sucedía que los fines de semana, sobre todo en verano, los pasáramos en mi apartamento, así que Judith y Giosué se habían hecho bastante amigos y compartían juicios homologables acerca de mi persona. -¡Qué sorpresa verte por estos andurriales! -le dije al sentarme y después de encargarle a Giosué otro campari soda para ella y una grappa helada para mí.

-Hombre, tú ya sabes cómo somos los judíos: si Mahoma no sube a la montaña, allá vamos nosotros y la ocupamos -y sin solución de continuidad-: Tienes ojeras.

-Vengo de hacer el amor.

-Sí, con tu mano, debajo del árbol del kilómetro 678.

El árbol del kilómetro navegable 678 del Padre Rin es un lugar mítico, a la orilla del río, un castaño de Indias inmenso, cómplice, bajo cuya fronda y alrededor de cuyo tronco mugía Eros en las noches de verano: todas las parejas jóvenes del pueblo lo conocieron y lo usaron en los tiempos anteriores al 68 y a la revolución sexual. Hoy ya no es necesario su forestal celestinaje, pero a veces los románticos solíamos rendirle reverencia en honor a su pasado.

Ignoré la guarangada de Judith y le pregunté sin ambages:

-¿A qué has venido, Judith?

-¡A hacer las paces, mierda, a hacer las paces, ayatola andaluz incorregible!

Y en ese instante lo tuve muy claro. Deborah acababa de expulsarme de su casa y de su vida por un período indeterminado de tiempo. La temporada de hockey había terminado con las rojiblancas de subcampeonas alemanas, por lo que no iba a poderme encontrar con Deborah en la cancha hasta por lo menos mediados de septiembre, que hubiera sido la única excusa válida para estar cerca de ella sin que me acusara de perseguirla. Y, además, entre Judith y yo sí que hubo, y los dos lo experimentamos, un sentimiento que si no es el amor se le parecía mucho. Es más, nuestra separación de hace unos meses tuvo que

ver con una cierta exacerbación de ese sentimiento que la incitó a pedirme que nos casáramos. A lo que yo me negué en redondo. La miré después de un sorbo de grappa:

-Conque hacer las paces... ¿Y la bandera blanca?

-La traigo de bragueta. Si quieres verla... -y empezó a levantarse y hacer el gesto de alzarse la falda. Se contuvo al detectar las chispas que empezaron a despedir mis ojos-. Bueno, no es para ponerse así.

-Eres imposible, Judith.

-Todo lo contrario, pajero. Para ti soy totalmente posible -se inclinó sobre el velador y posó su mano sobre la mía, que asía el tallo de la copa de grappa-. He traído condones de telaraña, me muero de ganas de probarlos.

-Si sigues con tu mano encima de la mía, la grappa va a sufrir una inversión térmica.

-Que se joda, y tu hígado con ella -y no retiró su mano, sino que de estar posada se convirtió en dogal-. Te quiero, pajero, y me has estado haciendo falta todos estos meses, y te doy mi palabra de honor de que no te voy a volver a pedir en matrimonio aunque me lo supliques de rodillas -miró a Giosué que se nos acababa de acercar-. Bueno, si es de rodillas, la verdad es que no sé. Giosué, ¿a ti qué te parece?

-Que la siguiente ronda es por cuenta de la casa. Pero que luego cada mochuelo a su olivo, uno también tiene sus obligaciones conyugales.

Judith se puso en pie y abrazó a Giosué y le estampó dos besos, uno en cada carrillo.

-¡Eres un mártir! ¡Y yo que creía que ya estabas en el nirvana de los impotentes!

Esa noche había empezado mal, en el N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse, a pesar de que allí el final no fue tan insatisfactorio. Pero estuvo a punto de terminar peor, porque cuando subimos a mi apartamento, al llegar allí, lo primero que Judith descubrió fue la porcelana de la jugadora de ho-ckey con las vergüenzas al aire.

-Esto es algo que no estaba aquí en mis días, hideputa... -levantó en el aire la escultura y leyó debajo-: Hhhhhhhmmmm, prueba de artista, y firmada. Espero una explicación.

-La compré en una subasta, en la Schildergasse -mentí a todo trapo.

-¿Y cuánto pagaste por ella?

-Cincuenta marcos.

Desvió la mirada de la escultura para dejarla cuidadosamente encima del estante con libros donde lanzaba su penalty-córner desde la noche en que la traje a casa. Y luego me miró un poco acusadamente a los ojos:

-Es una ganga -dijo-, si no me estás mintiendo es una ganga, porque es una obra de arte. Pero ahora, ayatola andaluz incorregible... ¡mira!!, ¡shalom!... aquí tienes mi bandera blanca.

aaa

A principios de septiembre, y antes de comenzar la nueva temporada de hockey, recibí un e-mail de Deborah con un anexo que contenía la invitación al vernissage de su exposición en un castillo de esos que los alemanes llaman Wasserburg, por estar contruidos al lado de un estanque que los refleja y los duplica. Era propiedad del Estado y se había especializado en exposiciones y conciertos, en una de las referencias artísticas más codiciadas. E imaginé que el marido de Deborah, un lobbyista con influencias en todas partes, no era ajeno al hecho de que su mujer expusiera allí. Su mujer, bueno... Deborah, me escribía solamente una línea: "En el anexo la invitación al vernissage, espero que vengas. Tengo ganas de volver a verte".

Le propuse a Judith que fuésemos juntos, y un sexto sentido me advirtió -¡muy tarde!- de que acababa de cometer un error. Judith miró la invitación, que incluía como ilustraciones varias fotos de las

porcelanas de Deborah, y empezó a teclear en la pantalla, pulsando hasta localizar unos programas que yo ni siquiera sospechaba que la computadora almacenaba en el disco duro. Y una y otra vez los iba aplicando a las ilustraciones de la invitación al vernissage.

Al cabo, sin mirarme, dejó las manos inmóviles, una a cada lado del teclado, y dijo, con la voz muy dominada:

-No voy a hacerte una escena, no temas, pero ahora mismo, ¡ahorita mismo!, me cuentas la verdad de esa subasta en la Schildergasse, que te inventaste porque yo ya estaba un poco piripi después de cinco camparis.

Fue como una liberación, como un decir hasta aquí llegó y de aquí no pasa: le conté la verdad. Toda la verdad. Y nada más, pero nada menos que la verdad. Porque entretanto yo ya tenía la certeza de que estaba enamorado de Judith y de que no la quería perder por nada de este puto mundo, y también sabía que no podía mentirle. A Judith no. Sencillamente, y créeme que no me avergüenzo de confesarlo, desocupado lector, porque a Judith no hay manera de mentirle, a no ser que la agarres en la hora tonta. Ella misma lo había dicho: uno o dos camparis de más.

-Te creo -dijo, y se levantó del asiento frente a la computadora y me hizo una carantoña en la nariz-. Okey, iremos a la exposición. También yo tengo ganas. De conocer a Deborah. Debe ser una mujer muy especial.

Cuando arribamos al Wasserburg, iluminado a tutiplén como un palacio de cuentos de hadas anterior a la prostitución disneylándica, y entramos al aparcamiento atestado de bmw y de Mercedes último modelo, y de Jaguars y Alfa Romeos atemporales, de colores tan patricios, no me sentí muy orgulloso de llegar ahí a bordo de un Citroën Visa rojo y desvencijado. Suerte que Judith parqueó al lado de otro Citroën asimismo viejo, aunque en este caso aristocrático, un "tiburón", el de un admirable cavernícola compañero mío de trabajo en la emisora, Julius Tegtmeier. Julius siempre se desplaza en algún otro vehículo de menor pedigrí: sólo saca a la calle su obra de arte, como él lo llama, en ocasiones especiales; y ésta debía de ser una.

-¡Vino Julius, también!

-No se pierde una -me contestó bajando del auto con muchas precauciones. Rebeca, una amiga que trabajaba en una boutique de alto copete, le había prestado bajo cuerda, para este fin de semana, uno de los modelos más bellos de la colección de otoño. ¡Ay de ella si se lo devolvía maltrecho! Porque en ese caso, para pagar la factura, íbamos a tener que trabajar a destajo hasta el día del Juicio Final por la tardecita.

Al llegar al vestíbulo la primera persona que vi fue a Deborah, y ella a mí, simultáneamente.

Yo del brazo de Judith. Lo curioso es que supe que esa persona era Deborah a pesar de que no la hubiera reconocido si no fuese porque mis ojos deben estar dotados de rayos x. ¡Alabado sea el santísimo sacramento del altar!, que decía mi abuela extremeña, ésa no era "mi" Deborah, que me la habían cambiao. Parecía una portada de Vogue. Pero sí era ella y, por dicha, el carnaval del atuendo y del make up no le mutaban ni un ápice de su ser más íntimo. Verme... no, vernos, eso es, vernos y avanzar a nuestro encuentro, fue todo un solo movimiento.

-¡Querido amigo!, ¡qué contenta estoy de que hayas venido! -y me besó en el aire, a menos de un centímetro de mi mejilla, para sin transición mirar a Judith y decirme-: ¿Nos presentas?

Fue todo un espectáculo para un solo espectador, Deborah y Judith besándose en los respectivos espacios aéreos de los pómulos respectivos. Después de lo cual, la artista puso a la estudiante entre paréntesis con sus brazos, la miró de arriba abajo y sacudió la cabeza medio en éxtasis:

-Judith, Judith, perdóname que te tutée pero dime ya, ¡pero ya, ya, ya!, dónde compraste este modelo, qué envidia me das, querida - casi sin transición, un arte en el que Deborah alcanza la maestría

suprema, volvió su cara hacia mí y me dijo muy risueña-: Ay, ay, si yo fuese lesbiana, te declaraba la guerra en este mismo momento. Venid -y tomó a Judith por el codo, la arrastró irresistible hacia el interior de la exposición-, os voy a presentar a mi marido.

-Ah, usted -me dijo el marido, un hombre a quien se le notaba el poder en la mirada y que en seguida me llevó aparte, excusándose muy educadamente con nuestras mujeres-, por fin, Deborah me ha hablado tanto de usted, de su Kumpel rojiblanco... Pero lo que más me interesa es que sea usted ingeniero de sonido, me dijo Deborah que usted lo es... -y me interrogó con la mirada, quería estar seguro de que no confundía esas amistades de su mujer. Lo tranquilicé y siguió-: Necesito su consejo. Fíjese que tengo una muy buena colección de discos, ya sabe, de los viejos, los de acetato, no sé si Deborah se la ha mostrado. Y ahora todo el mundo anda con la manía de los cds, naturalmente yo también... pero dígame usted que es el especialista: ¿no es cierto que el sonido de los viejos es mejor que el de estas plaquitas metálicas y lisas? En cualquier caso, ¿qué me aconseja que haga con los viejos, cómo hago para conservarlos mejor? Estoy seguro de que en cualquier momento volverán a ser codiciados, y yo tengo verdaderos tesoros entre ellos -viendo que ahora era yo quien lo interrogaba con los ojos, pidiéndole un ejemplo, añadió-: Por ejemplo, Jacques Brel leyendo el pasaje del nacimiento en Belén, del Evangelio de san Lucas. Fue como si un filatelista acabase de decirme que poseía un Mauritius azul. Debí de leerlo en mi cara porque se echó a reír, y era una risa simpática, el hombre me caía bien.

Esa noche, cuando volvimos al apartamento de Judith en la Vondelstrasse, de donde pronto se mudaría conmigo al pueblo, porque mi apartamento es mayor y habíamos decidido "juntar nuestros trapos", y hacerlo de una manera de-fi-ni-ti-va, la pelirroja lo resumió de un modo lapidario:

-Es una mujer muy especial. Mucho. Si yo fuese lesbiana, te estaría envidiando por haberte encamado con ella.

aaa

Una semana después comenzó la nueva temporada de hockey, y como Deborah y yo teníamos abonos renovables nos volvimos a encontrar el primer sábado que nuestras rojiblancas iban a enfrentarse con ya no recuerdo quiénes. De todas maneras, ganamos, ¡faltaría más!, y después del partido regresamos al pueblo igual que la primera vez, yo con la bici de Deborah, ella con la mía. Parecía como si fuésemos oficiantes de un ritual que sólo nos concernía a los dos.

Casi llegando al Barrio de los Arquitectos, Deborah se echó a reír y me gritó:

-Kumpel!, tengo el culo como una suavizadora de navajas de barbero, cambiemos las bicis, ¡mierda! Bueno, digo yo, si no te importa, comodón de mierda.

-La madre que te parió, otra vez lo mismo, ¿por qué no me lo has dicho antes?

-Porque hasta llegar a Rodenkirchen, te lo juro, no te miento, ¡mierda!, no me escocía el culo como si me hubiesen dado por él todos los eunucos del harén.

-Los eunucos, querida Deborah, difícilmente podr...

-¡Con consoladores, Kumpel, con-so-la-do-res, que tampoco eran además mancos! ¡iiiiin de la cita! -y siguió riendo, como con dulce júbilo.

Judith andaba por un par de días en Westerland, en la isla de Sylt, rodando un video que iba a ser su examen de grado en la Escuela Superior. Su tema, que le había sugerido mi amigo de la emisora, ese que hablaba del mundo cada vez menos ancho y más cnn, era el de los cadáveres anónimos que el mar del Norte arroja a las playas: naufragios de vidas, la vida como naufragio.

Bella Aurora tampoco estaba esa tarde sabatina en el N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse. Y por supuesto que nos fuimos al estudio de Deborah con una botella de champagne para festejar el triunfo de las rojiblancas. Después del primer brindis, la dueña de la casa se acercó a la mesa de la esquina, como la primera vez que estuve en ese estudio y me regaló la figura de la jugadora de hockey con las vergüenzas al aire, y me dijo sólo:

-Ven.

Y cuando llegué a su lado me señaló dos figuras y me tendió la primera:

-Mira.

Me reconocí en ella porque era imposible no reconocerme, desnudo, de pie, mirando hacia abajo, hacia algún centro de gravedad de mi vida, y con una erección que urgía pronto remedio.

-Yo -dijo con convicción tiernamente antropológica-, la he titulado Pithecanthropus erectus.

Quise encontrar sus ojos pero su perfil inalterado me obligó a mirar la otra. ¡Era Judith!

Era Judith, tendida, abierta de piernas, con los brazos extendidos y anhelante, esperando que alguien -¿quién carajo si no yo?! ¡¿Quién si no yo?!- la penetrase.

-A ésta la he titulado Vagína fertilissima.

Hizo un gesto como si apartase de sus pensamientos alguna cosa que no le gustase recordar, y se volvió hacia mí, recostándose en mi cuerpo y al mismo tiempo empezando a despojarse del chándal:

-Vamos a follar, Kumpel.

Fue uno de los polvos más intensos y más bellos que hemos echado (hasta hoy), y después, tendidos los dos, boca abajo ella, boca arriba yo, bebiendo a sorbos su champagne ella, expeliendo unas argollas de humo hacia el techo yo, me dijo:

-Creo que ahora lo deberíamos tener claro tú y yo, y además, supongo que dentro de poco vamos a ser colegas... -y al notar mi asombro-: ¿o es que no te vas a casar con esa preciosidad de criatura que es la Judith, hijo de puta? -y al notar que yo me relajaba-: Sí, claro que sí que lo vas a hacer, así que yo seré casada y tú serás casado, vamos a ser colegas, Kumpel, pero ésa es la solución ideal, idiota, ¿no te das cuenta?, podemos seguir follando siempre que queramos y que nos apetezca, pero sin celos, ¿eh?, sin celos... ¿Qué te importa a ti con quién me acuesto yo, si ni siquiera me importa que Bella esté deseando echar un polvo contigo...? -una vez más se echó a reír cuando casi me incorporé de la pura sorpresa-: ¡Uhhh!, lo sé, lo sé, y hasta me gustaría que se lo echaras, y hasta delante mío, para ver cómo se despatarra cuando le viene... ¡qué escultura! -su risa casi la ahogó-, ¡qué escultura para mandarla a Trigueros y ponerla de exvoto en la ermita de la patrona! ¿No sería una buena acción de gracias? Pero lo que tenemos que tener muy claro es que contigo, contigo y conmigo, las cosas estarán también muy claras.

Se levantó y fue a llenar las copas de champagne, con las que regresó a la posición horizontal sin verter una sola gota. Pero su rostro se había puesto serio. Muy serio.

-Y ahora, querido mío -siguió-, querido mío... -titubeó-, sólo quiero pedirte un favor a cambio, sólo uno, sólo uno... ¡Ay! ¡Mierda! ¡No quiero, no quiero, no quiero, no quiero...!

Pero ya estaba llorando como una Magdalena y volteando la cabeza de un lado al otro de un modo que me hizo temer por la integridad de sus vértebras cervicales. Era la primera vez que la veía llorar, y nunca había visto a nadie antes llorar así.

-¡Deborah, por el amor de Dios! -yo estaba tan acojonado que hasta nombraba a Dios, y hasta creo que con mayúscula-: ¿qué te pasa, Deborah, qué te pasa, por el amor de Dios, qué te pasa?

Se calmó, Deborah es así, no hay nadie como ella. Tardó, sí, tardó en calmarse, pero se calmó.

-Dulzura -fue la primera vez que me llamó así, y aunque yo ya se lo había oído alguna vez de una manera familiar, llamando así a Bella

Aurora, esta vez no era familiar sino algo muy distinto-, dulzura, el favor que quiero pedirte, perdóname por el culebrón, pero es que las cosas son así... el favor es que cuando Judith y tú tengáis un hijo... ¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!... Pues que me gustaría... me gustaría... ¡coño, ayúdame, pedazo de alcornoque!

Esta vez sí me di cuenta a tiempo de lo que quería decir:

-¿Te gustaría ser la madrina?

-¡Sí, carajo, imbécil, por fin alguna vez que funcionan tus neuronas!

Simulé que lo estaba sopesando y le contesté con toda intención:

-Y por supuesto, como madrina, tú decidirías cómo se llamaría la criatura...

-Claro. Deborah.

-¿Y si fuese varón?

No pudo contener la risa:

-Deborah... ¡No, tonto, un nombre bien coloniense! Severin, Se-verin -recalcó-. ¡Precioso!

-Deborah... -le dije, con la absoluta seguridad de que detrás de las bromas que nos estábamos gastando había mucho más-.

Deborah... Dime qué es lo que no me has dicho todavía.

Estuvo pensándose, y mientras lo hacía llenó de nuevo nuestras copas. Y luego, pianissimo:

-Un día, lo recuerdo muy bien, me dijiste que sólo en mi madriguera te sentías bien en esta casa, que la casa te resultaba estéril. Y ya ves lo que son las cosas, la estéril en realidad soy yo. No puedo tener hijos. Y bien sabe Dios que si hay alguna cosa que me gustaría más que follar...

Apuré de un largo y ansioso trago su copa, y la tiró al aire (se fue a estrellar contra la puerta del horno haciéndose añicos), y se arrojó una vez más encima mío, venciendo muchas ganas de sollozar y pasando del susurro al alarido:

-iiiiSi hay alguna cosa que me guste más que follar, es volver a follar!!!! Let it pass! Let it pass!

Me acompañó luego, entrada la noche, hasta el garaje. Como un año antes. Estaba descalza, despeinada, ojerosa, y no bostezaba de pura buena educación. Cambridge. Me agarró las solapas de la chamarra y casi se colgó de ellas para empinarse en las puntas de los pies y darme un beso.

-Esa Judith, ay... -me dijo, apretando su mejilla izquierda contra la mía-, es muy afortunada teniéndote como pareja. Pero yo lo soy más, Kumpel, porque a mí ni me debes ni te debo... ¿Sabes una cosa? Esta noche me voy a despedir de ti como lo hacían las putas victorianas bien educadas cuando terminaban su trabajo con un cliente: Do you feel better now, darling?

Volví a casa despacio y tarareando bajito aquella canción de Purcell que entretanto me sabía de memoria en inglés, aunque sigo sin haber aprendido ese bendito idioma:

A health, a health to the nut-brown lass with the hazel-eyes;
She that hat good eyes has also good thighs,
Let it pass! Let it pass!

Epílogo para lectores desocupados

Con el correr del tiempo, según pudo constatar el autor de este cuento -ese amigo suyo de quien el narrador dice que suele hablar del mundo cada vez menos ancho y más cnn...

... el marido de Deborah estuvo intentando convencerla para que adoptasen un niño, pero ella le respondía siempre que con su ahijado iba a tener bastante. Que le comprase un tándem para poder ir pedaleando junto con el narrador a los partidos de hockey.

... Bella Aurora, aunque se casó con su novio, sigue viviendo en el N° 17 de la Oscar-Niemeyer-Strasse, y según parece no se da mucha prisa en el tema descendencia. Todavía no ha echado un polvo con el narrador, pero creo que ni ella ni él lo han descartado

por completo.

... cada vez que el narrador y Judith iban a la Torcello en compañía de Deborah, Giosué los miraba siempre con mucha sospecha.

Primero la miraba a Deborah y luego a él. Sin decir nada, aunque preguntándolo todo con los ojos. Pero él siempre se hizo el distraído.

Deborah fue la madrina del hijo del narrador, se empeñó en que se llamara Severin, y se ha hecho muy amiga de Judith. Y Judith es demasiado inteligente como para no darse cuenta de que Deborah no constituye un peligro para ella.

Los sábados que hay hockey, Judith, tradicional y sabiamente, va a visitar a sus padres a Rolandseck, cerca de Remagen, y regresa el domingo después del almuerzo: esto ya era así desde que se hizo novia del narrador, antes de Deborah, y con el correr del tiempo lo sigue haciendo, ahora con Severin.

Y esos sábados alternos que hay hockey, Deborah y el narrador siguen torciendo juntos por sus rojiblancas, y ellas les dan casi cada segundo sábado ocasiones sobradas para festejar. Y es lo que él me dice: que la culpa la tiene Judith, por haberle regalado una bufanda de Cambridge.

Arriba

Diseño y desarrollo: 